

CAPÍTULO V.

LEON XII.—RELACIONES DEL ABATE MASTAI FERRETTI CON AQUEL PONTÍFICE.—SU ELEVACION AL EPISCOPADO DE ESPOLETO.

AL poco tiempo de haber partido para América el abate Mastai, el Señor llamó á Pio VII para recompensar en la gloria los eminentes servicios prestados á su Iglesia.

Leon XII fue elevado á la silla de san Pedro, enaltecida por la memoria de los Pios que acababan de ocuparla.

El fallecimiento de Pio VII tuvo lugar el dia 20 de agosto de 1823: dos tendencias se marcaban manifiestamente en el sacro Colegio; la de los que deseaban una restauracion omnimoda del elemento eclesiástico en la administracion, impulsados por el cardenal Vidoni, y estos tenian por candidato de la tiara al cardenal Severoli, obispo de Viterbo y nuncio que habia sido de Viena, y la de los que, mas transaccionistas con las pretensiones seglares, se inspiraban en el espíritu de la política de Consalvi; estos aspiraban á dar el pontificado al cardenal Castiglioni; los cardenales Benvenuti y Opizzoni estaban al frente de aquella seccion.

Ambos candidatos eran dignos por sus virtudes personales de sentarse en la silla de san Pedro; la divergencia era puramente metódica.

Reunidos ya los cardenales, los embajadores de las potencias católicas visitaron la venerable asamblea segun costumbre, pronunciando discursos diplomáticos; el sagrado Colegio pudo recoger con aquella ocasion un testimonio sumamente honroso de labios de Mr. Laval Montmorency, embajador de Francia: *El espíritu de la revolucion, dijo, no ha penetrado todavía en ninguna reunion semejante... la revolucion francesa lo ha invadido todo en el continente, excepto el conclave.*

El conclave empezó sus ejercicios de reglamento, cuando el Austria, haciendo uso, no del derecho, sino del respeto introducido al veto, excluyó al cardenal Severoli; la protesta del Austria, que se atendió para evitar complicaciones, hizo fijar la atencion de los cardenales en el Emo. Sr. Anibal-Francisco-Clemente-Melchor-Jerónimo-Nicolás de la Genga. Habia nacido en Espoleta á los 22 de agosto de 1760. Gracias á su opulenta posicion, obtuvo la educacion mas esmerada; su talento sacó admirable provecho de sus estudios. Pio VII fundó en él grandes esperanzas, sobre todo desde que oyó la delicada oracion fúnebre de Francisco II, emperador de Austria, que pronunció de la Genga en presencia de Su Santidad y en la capilla Sixtina.

Los hechos de aquel Emperador, que tantos disgustos habia causado á la Iglesia, se prestaban poco á elogios sagrados; la prudencia del orador supo esquivar las grandes dificultades. Pio VI le nombró primero canónigo de San Pedro y secretario particular; y un año despues fue consagrado con el título de obispo de Tiro, y enviado á Colonia en calidad de nuncio, donde sustituyó al célebre cardenal Pacca.

Pio VII le nombró enviado extraordinario en la Dieta de Ratisbona, donde tantas cosas debian tratarse afectas al porvenir de la Iglesia en Alemania. Su celo y sus talentos no pudieron vencer la impetuosa corriente de las ideas bonapartistas.

Mas tarde asistió con los cardenales Caprara y Bayanne á las conferencias de París para arreglar los asuntos de la Iglesia de Francia.

En 1820 sucedió al cardenal Litta en el grave cargo del vicariato de Roma, puesto confiado siempre á un cardenal distinguido por la piedad de sentimientos.

El cardenal de la Genga pertenecia á la tendencia austera del sacro Colegio; era uno de los antagonistas de la política transaccionista de Consalvi, con quien habia tenido disensiones administrativas.

De la Genga, anciano y achacoso, se opuso enérgicamente á su propia eleccion; sin embargo, la decision de sus amigos le rindió.

Uno de sus primeros cuidados fue atraerse la benevolencia de los cardenales disidentes, á los que concedió los puestos mas delicados en su Gobierno.

Cuando el cardenal della Somaglia, decano del sacro Colegio, uno de sus antiguos adversarios, se arrodilló á sus piés despues de la eleccion para prestarle obediencia, Leon XII le dijo en voz baja: *Vuestra eminencia nos servirá en calidad de secretario de Estado*; luego confirmó en su cargo al cardenal Cristaldi, que desempeñaba lo que en España llamamos ministerio de Hacienda, y allí la Tesorería general.

Esta conducta sorprendió á amigos y á adversarios. La prudencia obtuvo el mas glorioso triunfo.

La expectacion universal se fijaba en las nuevas relaciones de Leon XII con el cardenal Consalvi.

Este Cardenal se hallaba completamente atraído ya á los dotes del nuevo Papa, en quien veia resplandecer el espíritu de la sabiduría y del consejo. Á una indicacion del Pontífice, Consalvi achacoso y decrépito hizo trasladarse de Porto d'Anzio al Vaticano. Notable fue la entrevista de Leon XII con el ministro de Pio VII; Consalvi empezó confesando una modificacion en sus ideas; exponiendo al mismo tiempo los elevados móviles de la línea de conducta política que habia seguido.

El Pontífice pudo convencerse que el cielo le había acordado una victoria completa sobre todos los disidentes.

Leon XII dirigió el día 3 de mayo de 1824 su palabra pontificia al mundo; su encíclica *Ut primum ad summi pontificatus* contiene oportunas y sólidas consideraciones contra el indiferentismo religioso y contra las sociedades bíblicas, dos plagas sociales de aquellos tiempos.

Una ocasión propicia se ofreció al Papa de manifestar toda la energía de su carácter. Desde el siglo XV se estableció el jubileo universal en cada cuarto de siglo; hasta el año 1775 se había celebrado cada veinte y cinco años aquel hecho extraordinario, ostentación de la indulgencia y de la misericordia de la Iglesia.

Las circunstancias impidieron que Pio VII lo celebrara en 1800, y los diplomáticos querían aprovechar aquella excepción para impedir que el año de 1825 fuese declarado año santo. ¿Qué móvil podía empujarles á esta exigencia?

Es indudable que el esplendor de Roma estaba condenado sin apelación en dos regiones influyentes; en los consejos de los soberanos y en las sociedades secretas. Un jubileo universal reúne en la capital del Cristianismo millares de millares de peregrinos que van á prosternarse ante el sepulcro de los santos Apóstoles, y á admirar la grandiosidad de los monumentos por la fe erigidos.

Este certificado de la influencia de Roma sobre el mundo, librado tan espontáneamente por el género humano, desagrada á una política que de un siglo á esta parte mira con recelo los últimos destellos del poder eclesiástico. Por otra parte, la abdicación de la Roma católica es una de las principales tendencias de los clubs racionalistas.

Leon XII hubo de sufrir una oposición viva, aunque velada, por parte de algunos Gabinetes europeos; empero había tomado la resolución de abrir las entrañas de misericordia de la Iglesia, y quiso cumplirla.

El día 27 de mayo de 1824 publicó su breve *Cum multa in urbe*, que contiene un elocuente, aunque merecido, elogio á la Compañía de Jesús.

La reforma de las escuelas le ocupó luego; fundó un colegio filológico, en el que debían profesarse todos los ramos de la erudición, de la crítica y del estudio de las inscripciones. Estableció en Espoleto los Hermanos de la Doctrina cristiana. Inspeccionó y reformó las cárceles; modificó la administración pública; arregló la situación del clero parroquial en sus letras apostólicas *Super universam*; y el día 24 de diciembre del mismo año abrió solemnemente la puerta llamada santa; suprimió varios impuestos, y dió su aprobación soberana á diversas congregaciones religiosas; estableció nuevas diócesis, y terminó algunos arreglos y concordatos con varios países; entre los que fueron especial objeto de su atención Francia, Inglaterra, Alemania, Baviera, Hannover, España, los Países-Bajos, la América.

«La acción del Papado sobre la civilización, dice Henrion, es muy decisiva para que podamos dejar de resumir de una manera especial lo que Leon XII hizo en interés de las artes y de las ciencias. Sábio como era, fue siempre el amigo de los sábios. Elevado al pontificado, alentó á los jóvenes dedicados al cultivo de la ciencia, así como á los artistas, por medio de premios y pensiones. No otorgó puestos de importancia sino á varones distinguidos por su ciencia y su piedad. Apenas hecho papa, apresuróse á promulgar leyes que han

formado el criterio del porvenir, sobre todo relativamente á la dirección de los estudios. Visitó de una manera solemne la Academia ó Archigimnasio de Roma, exponiendo en un profundo y elocuente discurso el nuevo plan de enseñanza. El Seminario romano, los colegios Gregoriano y Urbano, la *Propaganda fidei* y otros establecimientos científicos recibieron frecuentes visitas suyas. Aumentó los honorarios del profesorado, dotó con una cantidad considerable las bibliotecas y el Museo de historia natural, enriqueció los depósitos literarios, sobre todo el del Vaticano, con una multitud de libros preciosos, y los museos adquirieron por su mano monumentos interesantes. Por orden suya se emprendieron de nuevo los estudios sobre los manuscritos del Vaticano, lo que inspiró á uno de los sábios de Roma este dístico:

Marmora muta Plus reperit: nunc ecce loquentes
Audit Aristidem Hippolytumque Leo.

«Restableció también la imprenta Vaticana para facilitar la publicación de buenos libros. Repartió todos los conocidos sábios en Roma domiciliados en cinco colegios, el de la Teología, el de la Jurisprudencia, el de la Medicina, el de la Filosofía y el de la Filología. Al frente de todos los estudios puso una congregación de cardenales distinguidos por su talento, elevando el presupuesto destinado á las academias romanas de 10,000 á 15,000 ducados. Recomendó á los obispos de las provincias la más viva solicitud en alentar el estudio de las ciencias en sus diócesis, y por medio del breve orgánico de 25 de setiembre de 1825 les confió la inspección de la enseñanza pública, estableciendo que los aspirantes á maestros probaran su capacidad ante un tribunal presidido por el obispo. Hizo todo lo que en su mano estuvo para asegurar profesores notables á la célebre universidad de Bolonia.

«La educación de la juventud le era predilecta; así es que demostró un interés vivísimo para la buena marcha del colegio Gregoriano, donde se educaban los hijos de las clases medias; el colegio de los Nobles no mereció menos su atención. Señaló pensiones y profesores á los jóvenes alemanes que iban á completar sus estudios en Roma, y estableció el Colegio de los irlandeses. De lo que resulta que si por desgracia su pontificado fue breve, en cambio fue altamente fecundo.»

Leon XII tenía prevista la proximidad de su fin; sentía desarrollarse rápidamente la semilla de la muerte cuando su elevación al solio pontificio, y así lo hizo presente al sacro Colegio cuando se convenció que obtendría la mayoría de votos. Cada vez que visitaba los hospitales, lo que acontecía con frecuencia, decía á los enfermos: *Rogad á Dios por un hombre cuya salud está cada día más en peligro que la vuestra*; sobre la mesa se encontró la inscripción que dispuso se grabara en su sarcófago, y que en sustancia dice: *Aquí, cerca de las cenizas de Leon el Grande, he escogido el lugar de mi sepultura, implorando con insistencia el apoyo de mi celestial patron, para mí, su humilde cliente, el menor entre los herederos de tan grande hombre.*

Leon XII solo ocupó la sagrada Silla cinco años y algunos meses.

Como ha podido notarse, aquel gran Papa brilló por su amor á la sabiduría, por su protección á las letras, por la mansedumbre y prudencia de su alma.

No hemos querido pasar por alto sus eminentes cualidades: aquel pontificado es una página que puede oponerse siempre con eficacia á los que acu-

san al sacerdocio de la indiferencia para el progreso del genio y de las letras.

Leon XII apreciaba debidamente las cualidades del auditor de Mons. Muzi, que desempeñaba tan delicada mision en América.

Los asuntos de la Iglesia en las repúblicas del Sud llamaban seriamente la atencion del Pontífice, porque del giro que tomaran las cosas dependia la conservacion ó la ruina de la fe católica en el Nuevo Mundo.

En prueba de reconocimiento por el tacto del presbítero Mastai Ferretti, Leon XII le nombró prelado de su corte al regresar á Roma, y secundando sus deseos, en memoria de su admirable direccion de *Tata Giovanni*, le confirió la presidencia de la comision directiva del hospicio de San Miguel.

Mons. Mastai se encontró de nuevo entre los desvalidos; ¡qué igualdad de carácter! Venia de alternar con lo mas escogido de la sociedad americana, venia de recibir el homenaje de la admiracion de los grandes diplomáticos, y de repente vuelve á cambiar de atmósfera, y pasa de un mundo lleno de esplendor á otro mundo lleno de gemidos.

El hospicio de San Miguel es uno de los principales establecimientos de beneficencia que Roma cuenta; situado en la orilla derecha del Tíber, frente al monte Aventino, fue fundado por Inocencio X como refugio de los niños desamparados. Aquel establecimiento contiene la escuela mas antigua de artes y talleres.

Posteriormente á su fundacion la munificencia de los Papas permitió extender el círculo de su accion, y convertirle en un asilo para todas las miserias.

Inocencio X habia recogido en aquel sitio cien niños; Inocencio XII triplicó el número de sus «sobrinos,» como afectuosamente llamaba á sus albergados. Clemente XI abrió en San Miguel un departamento para los ancianos y enfermos; Clemente XII destinó otra seccion á recoger las mujeres de vida licenciosa; Pio VI transportó allí las jóvenes albergadas en San Juan de Letran.

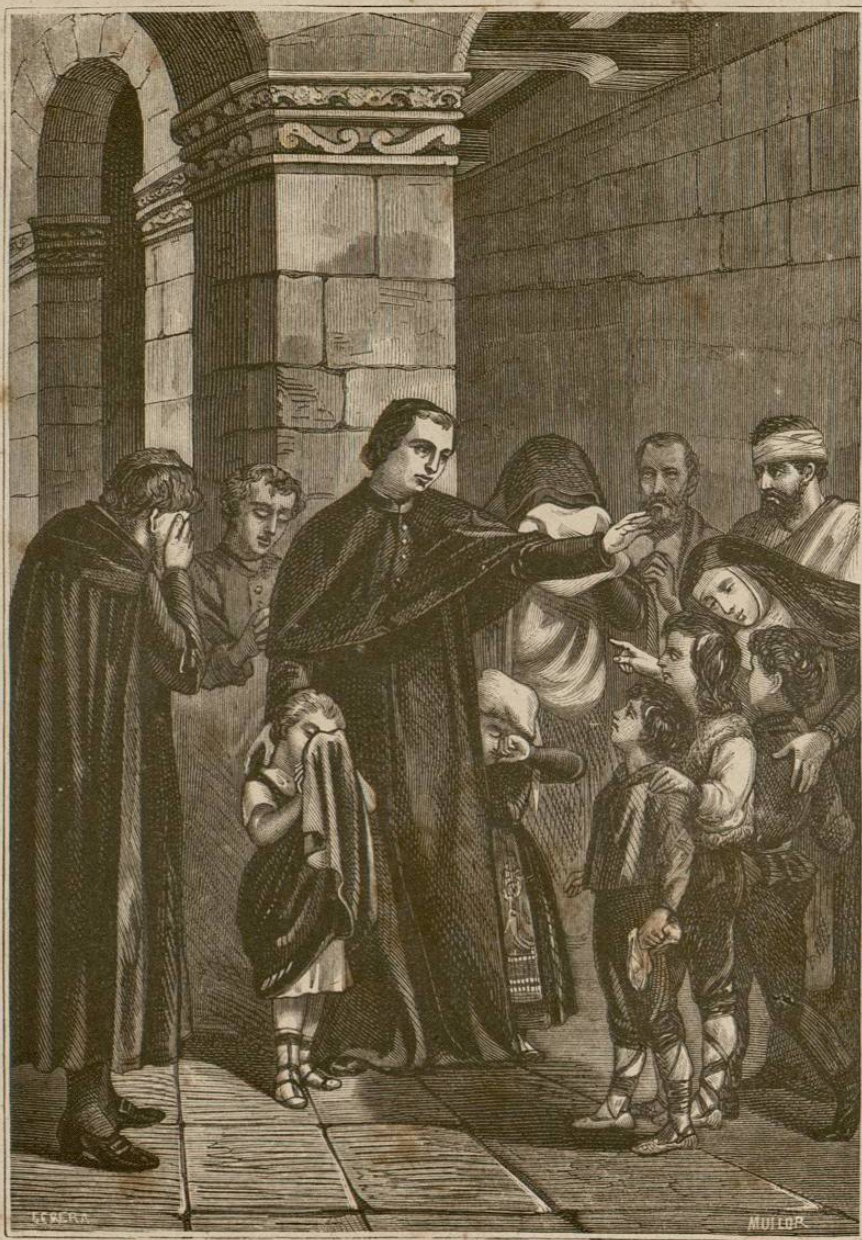
Así todas las necesidades se hallaron convocadas en aquel grande monte de la beneficencia cristiana; todas las heridas obtuvieron allí un bálsamo. El hospicio de San Miguel reúne, en un espacio que ocupa una longitud de trescientos treinta y cuatro metros sobre una latitud de ochenta, cuatro grandes divisiones; es á la vez una gran casa de retiro para los ancianos; un asilo para las mujeres enfermas y malas; una inmensa escuela profesional para las jóvenes pobres, y un taller gigantesco para los niños abandonados.

No habia en verdad un lugar mas á propósito para expansionarse á sus anchuras el corazon del nuevo prelado; allí podia ejercer las catorce obras de misericordia cada dia, á cada instante.

No obstante, el directorio de aquel establecimiento era sumamente complicado; tenia todas las dificultades de un verdadero ministerio, pues aquel lugar encerraba todo un mundo.

Al tomar posesion del cargo que Leon XII le confiara, un déficit abrumador pesaba sobre aquella casa; el nuevo director planteó inmediatamente el problema de disminuir los gastos sin afectar al bienestar de los pobres; es decir, se propuso conciliar la caridad con la economía.

Mons. Mastai creyó injusto que la casa recibiera todo el fruto del trabajo de los recogidos, los cuales no habian recibido hasta entonces, como á recompensa, sino cincuenta piastras cada uno al salir del establecimiento.



EL PRESBITERO FERRETTI DESPIDIÉNDOSE DE LOS POBRES
DE TATA GIOVANNI.

Mastai Ferretti dispuso que se asignara un tanto por ciento de los beneficios obtenidos por las manufacturas de los asilados; y á fin de evitar fuera aquella ganancia motivo de disipacion, dispuso que los alcances de los alumnos se colocaran en un banco con el respectivo nombre de cada uno, que con esta medida quedaba en la seguridad de que al salir del establecimiento contaria con un pequeño capital.

Con esta medida y otras semejantes dictadas por el mismo criterio elevado y entendido reanimóse el espíritu del establecimiento, que se colocó á la altura de sus mejores dias.

No olvidaba Mons. Mastai que de aquel asilo de misericordia salieron celebridades como Mercuri, Calamata y Taccimeis, y que otros y otros artistas podian todavía glorificar aquella casa con los resplandores de la inmortalidad de sus obras.

No necesitó sino dos años el nuevo director para enjugar el déficit del establecimiento, restablecer el orden en todo su complicado mecanismo, y darle el crédito y el título á la admiracion de cuantos se ocupaban de las cosas romanas.

Leon XII cobró un verdadero cariño al prelado Mastai, y resolvió colocarle en una region mas elevada, desde la que pudiera alumbrar á mas distancia con los resplandores de su virtud y de su ciencia.

No puede darse una prueba mas clara de predileccion que la que recibió Mastai de aquel venerable Pontífice. La silla arzobispal de Espoleto, su patria, quedó vacante; pues bien, Leon XII, que amaba á su patria, no encontró una persona mas digna para enviarle como pastor, que el sábio presidente del hospicio de San Miguel.

Si hubiera cabido la vanidad en el jóven Prelado, terrible tentacion de admitirla era el verse tan distinguidamente honrado por el Jefe de la Iglesia.

Mons. Mastai aceptó la nueva é inesperada dignidad con el temor natural en todo sacerdote que sabe medir toda la extension del cargo episcopal, y el peso de la responsabilidad que ante Dios y los hombres contrae el que la acepta.

Espoleto conocia ya por la fama las condiciones personales del nuevo Pastor, y cuando no las hubiera conocido, bastara á aquel pueblo recordar que era su compatriota Leon XII quien se lo enviaba para tener en su favor la mas eficaz recomendacion.

Espoleto es una de las mas notables poblaciones de los Estados romanos; su historia es de antiguo gloriosa: ella resistió el ímpetu de las huestes de Aníbal. Longinos, exarca de Ravena, estableció allí el asiento de los duques, que alcanzaron merecida celebridad; consérvanse en ella las ruinas magníficas de un templo, de un teatro y de un palacio de los reyes godos, que con frecuencia escogieron aquel lugar como de asiento. Su catedral, dedicada á Nuestra Señora, es casi toda de mármol; varias y bellas son sus iglesias. En el siglo XIII el papa Gregorio IX celebró un concilio en Espoleto para tratar de la reconquista de la Tierra Santa; Pedro Ursino publicó importantes constituciones sinodales en aquella ciudad; fue cuna de hombres eminentes en todos los ramos del saber, y finalmente, como hemos dicho, coronó su gloria siendo la patria del ilustre vástago de los de la Genga, que debia honrar la cátedra de san Pedro.

Mons. Mastai Ferretti tomó posesion de su silla á mediados del año 1827.

Espoleta le recibió con transportes de júbilo. El Arzobispo abrió con efusion sus brazos para cobijar á su sombra á todos sus nuevos hijos en la fe. Pronto fue popular su amabilidad y la dulzura inseparable de su carácter. Su palacio se convirtió en un asilo de todos los desventurados; él fue reconocido como á tierno protector de todos los desvalidos.

«La ciudad de Espoleta, dice uno de sus biógrafos, recordará eternamente los dias en que su iglesia fue presidida por tan extraordinario pastor; durante los cinco años tempestuosos que atravesó, parecia que su presencia atraia una especie de divina proteccion y bendicion celestial.»

Entre los varios rasgos de su querúbico amor cuéntase que, habiéndosele cierto dia presentado una pobre anciana, abatida por la miseria, se arrojó á sus piés pidiéndole una limosna que le permitiera socorrer la suma necesidad en que se hallaba abismada. El Arzobispo comprendió la urgencia de la situacion de aquella desventurada; empero ¡oh dolor! sus recursos se hallaban agotados, el Prelado se habia desprendido del último *bayocco*.

Mas la caridad no conoce límites; si carece de dinero, posee alhajas. Sin detenerse, va, pues, tira de un cajon, saca un cubierto de plata y se lo entrega diciéndole: Id, llevad esto al monte de piedad, y yo lo redimiré cuando tenga fondos.

La infeliz aceptó, besó la mano bienhechora y se fué á empeñar el cubierto del Arzobispo.

Por la noche el administrador de palacio se presentó á Su Ilustrísima alarmando. «¿Sabeis, monseñor, le dijo, que tenemos ladrones en casa?»—No lo comprendo, contestó el Prelado.—Pues fuera de toda duda está, replicó el administrador, hoy ha desaparecido un cubierto de nuestra vajilla.—El Arzobispo se sonrió, diciendo: «¡Ah! ahora comprendo; tranquilizaos, amigo mio: Dios es el que ha dispuesto el destino de aquel cubierto; no os alarmeis.»

El administrador, dependiente antiguo del Prelado, comprendió entonces el secreto de la desaparicion, y con la franqueza á que da cierto derecho la fidelidad empezó á reprender la excesiva generosidad de su corazon. «¿Dónde vamos á parar, monseñor, con este sistema que habeis adoptado? ¿No basta ya no tener dinero en casa, que nos veamos amenazados de comer en cubiertos de madera? poned á raya vuestra peligrosa munificencia y atended á lo que reclama vuestra dignidad y posicion.»

El Arzobispo le rogó no insistiera. «Si vos fuérais padre de hijos sin pan, le dijo, prefeririais comer la sopa con cubierto de madera, á que vuestros hijos, mientras vos comiérais con cubiertos de plata, devoraran los horrores del hambre.»

El Arzobispo se manifestó, pues, incorregible.

El pueblo de Espoleta sabia estas escenas, y admiraba al héroe de ellas. La pobreza del Prelado rodeaba de gloria su nombre; y esta fama tan merecida conquistaba muchas almas á una religion, gérmen de tan nobles sentimientos.

Durante su pontificado en Espoleta, aquella iglesia vió florecer extraordinariamente el culto y la fe.

Leon XII sabia el brillante comportamiento del Arzobispo que habia destinado á su patria, y daba gracias á Dios, de haberle inspirado tan acertada eleccion.

CAPÍTULO VI.

PONTIFICADO DE PIO VIII.

HEMOS llegado ya al pontificado del sucesor de Leon XII. Extraordinariamente corto fue en duracion el reinado de aquel Pontífice digno de empuñar muchos años el báculo de la santa Iglesia. Ante todo debemos decir que ningun hecho notable se relacionó, en los pocos meses que dirigió Pio VIII la Iglesia, con la historia de Pio IX que estamos trazando; por lo que no le consagramos capítulo aparte sino para no interrumpir la rápida reseña de los acontecimientos referentes á la Iglesia universal que nos proponemos trazar en este libro.

Francisco Javier Castiglioni era el nombre del cardenal elegido papa el dia 31 de marzo de 1829; su patria era Cingoli, legacion de Ancona, y su nacimiento tuvo lugar el dia 20 de noviembre de 1761, de noble prosapia. Dotado de talento preclaro, hizo rápidos progresos en las ciencias teológicas, habiendo compuesto en su juventud las notas, recomendables por su erudicion, que acompañan y completan las Instituciones canónicas de Devoti, su maestro y amigo.

Nombrado obispo de Monte Alto, tuvo ocasion de dar testimonio de la energia de espíritu y de la integridad de la fe durante las persecuciones que la Iglesia sufrió en aquella época.

Confinado sucesivamente á Milan, á Pavia y á Mantua, supo captarse la benevolencia y hasta la venèracion de sus carceleros.

Pio VII se acordó de su fidelidad, y en el dia de su triunfo le recompensó su adhesion á la causa pontificia nombrándole cardenal y obispo de Cesena en 1816.

Los honores mas eminentes y los cargos mas delicados del sacro Colegio fueron confiados á su celo é inteligencia.

Pio VII tenia formado de él tan elevado concepto, que le designaba francamente como á su sucesor, hasta el punto de haberle dicho, con motivo de cierta cuestion delicada, de que ambos se ocupaban: *Esto lo arreglará despues de Nos vuestra santidad Pio VIII.*

Una parte de los cardenales, segun hemos dicho, pretendia en realidad elegirlo despues de la muerte de Pio VII, empero lo imposibilitaron las complicaciones diplomáticas surgidas en el conclave.

Tuvo la satisfaccion de ver mejorarse la situacion de los armenios católicos, por la mediacion de los embajadores de Francia y de Austria; tomó medidas de conciliacion y dulzura relativamente á la Prusia, echando las bases de un arreglo ó *modus vivendi* de los católicos de aquel reino. Empero, los príncipes de la Confederacion germánica, pertenecientes á la Iglesia protestante, suscitaron dificultades que no alcanzó á orillar el paternal breve dirigido por Pio VIII al arzobispo de Friburgo, y á los obispos de Maguncia, Rottemburgo, Limburgo y Fulda. La persecucion á la Iglesia tomó creces, y se revistió del carácter de un verdadero martirio, pues los católicos habian llevado las concesiones hasta los límites que á sí propia se traza la prudencia.

Por un decreto particular declaró que podia procederse con toda seguridad á la canonizacion del bienaventurado Alfonso María de Ligorio, fundador de la Congregacion de Redentoristas.

No tardó en estallar la revolucion de Francia y la insurreccion de la Polonia. La Iglesia necesitaba conservar un pontífice de las distinguidas cualidades y eminentes virtudes de Pio VIII, pues necesitaba toda la fuerza de carácter, que él poseia, para sobreponerse á la grayedad de las circunstancias, cuando el Señor le llamó á su seno.

Pio VIII entregó su espíritu al Criador el dia 30 de noviembre de 1830.

Durante su pontificado, como hemos dicho, el arzobispo Mastai Ferretti siguió gobernando tranquilamente su archidiócesis, conquistando cada dia mas grados de amor y cariño de parte de sus súbditos.

CAPÍTULO VII.

GREGORIO XVI.—RELACIONES DEL ARZOBISPO DE ESPOLETO CON AQUEL PONTÍFICE.—SU TRASLACION Á LA SILLA DE IMOLA Y ELEVACION AL CARDENALATO.

Al estallar en Francia la horrorosa revolucion de fines del pasado siglo, de la que hemos dado minuciosos detalles en capítulos anteriores, un jóven de excelentes cualidades, dotado de alma grande, que habia abrazado el instituto de los Benedictinos Camaldulenses en la capital del mundo cristiano, estudiaba con asiduidad la marcha de los acontecimientos que con tanta rapidez se sucedian, ganoso de presentarse en batalla con el osado jansenismo, que no cedía un punto en su propósito de minar todos los tronos, de echar por tierra la autoridad de la Santa Sede, y de arrastrar los pueblos á la mas funesta anarquía así en el órden religioso como en el político.

Nos referimos al célebre monje Fr. Mauro Cappellari, que mas tarde habia de ocupar el solio pontificio con el nombre de Gregorio XVI.

En 1789, cuando aun no habia llegado á los veinte y cinco años de edad, fue nombrado profesor de teología en su Órden, y al terminar el siglo, que se despidió entre un inmenso océano de horrores, dejando por herencia á su sucesor las mas disolventes é impías doctrinas, era ya un escritor famoso. Á tal título le hizo acreedor su notable obra *El triunfo de la Santa Sede, ó los novadores modernos combatidos con sus propias armas.*

Bien quisiéramos, y por cierto no dejaria de ser de utilidad en la época que atravesamos, hacer un detenido exámen de esta obra, compuesta contra Tamburini y los demás jansenistas de Italia, y aun reproducir algunos de sus bellísimos trozos, tan llenos de purísimas doctrinas; empero tenemos ante la vista un vastísimo campo que recorrer, y en las narraciones que á grandes rasgos venimos haciendo de los pontificados que se sucedieron desde el nacimiento del ilustre Mastai Ferretti, hasta su advenimiento á la cátedra de